

DON QUIJOTE Y SU LOCURA: VISIÓN DE UN HISPANOAMERICANO*

1. Es para mí un honor señalado el que se me permita decir unas palabras en la presentación de este libro del que fuera mi eminente amigo José Emilio González. Se trata de una obra bien meditada, que refleja la atenta y cuidadosa lectura que hizo José Emilio no sólo del *Quijote*, sino de la obra cervantina en general, no menos que de gran parte de la literatura secundaria sobre esta obra. Los aciertos abundan y sería imposible dar cuenta aquí de todos ellos. Me permito destacar los relativos a la identificación inicial del hidalgo manchego y a los nombres con que Don Quijote, en el primer capítulo de la novela, se bautiza a sí mismo y designa a las personas y las cosas que constituirán el entorno de su delirio. Permítaseme también elogiar la redacción misma del libro, que es sobria, tersa y elegante, desprovista de aspavientos estilísticos, en testimonio de lo cual voy a leer aquí la oración inicial del capítulo segundo: "Cuando Don Quijote de la Mancha sale por primera vez de su casa de aldea, como un niño que se escurre furtivamente por la parte de atrás, una mañana del mes de julio, lo primero que encuentra es el vacío". Y un poco más adelante: "Don Quijote ha roto el cascarón de la aldea y con la lanza en alto, al ritmo lento de Rocinante, sus ojos avizoran el espacio, interrogan cada resquicio, hurgando la posibilidad de la aventura" (p. 53).

Merece destacarse también, como algo que deriva a mi parecer la tónica del libro todo, la advertencia final del prólogo; leo: "Este libro no ha sido escrito desde el punto de vista de un español. Soy puertorriqueño, americano del Nuevo Mundo. Amo a España, pero no soy español. Creo que el *Quijote* es un libro escrito para todos los hombres". Como dice Cervantes, "para universal entretenimiento de las gentes" (p. XII del prólogo).

Pongo de resalto esta advertencia por varias razones. Una es que los "americanos del Nuevo Mundo" y ante todo aquellos que tenemos el castellano por lengua materna, no solemos escribir sobre el *Quijote*, ni siquiera solemos leer obra mayor en nuestro idioma.

Como consecuencia de la infausta fragmentación política del ámbito cultural hispánico en diversas naciones, caemos en el despropósito de creer que el *Quijote* es un libro extranjero, que es propiedad de otros, de los españoles de la península. No nos hacemos cargo de que este libro no pertenece en mayor medida a tales españoles

* Palabras pronunciadas en la presentación del libro de José Emilio González *De Aventura con Don Quijote* que tuvo lugar en la Facultad de Humanidades, Recinto de Río Piedras, de la Universidad de Puerto Rico, el 29 de septiembre de 1993.

que a nosotros. Renunciamos así a la rica herencia de la literatura clásica hispánica, contemporánea del descubrimiento, de la conquista y la colonización de América tan sólo porque mucho más tarde dejamos de ser colonias de España. Perdemos así, torpemente, una de las raíces que pudieran ser más fecundas para nuestra propia elaboración cultural. En este proceso, sin embargo, las culpas están repartidas y se acumulan sobre todo del lado de los españoles peninsulares. Estas no nos incorporan antes (como tampoco nos incorporan hoy) al ámbito de una cultura que quisieron exclusivamente suya, libre de contaminación americana. Esta exclusión de que somos víctimas todos los hispanoamericanos por parte de los españoles no es efecto de los procesos de independencia de nuestros países. Por el contrario, ella operó como la causa principal de tales procesos. Una vez, en efecto, que en el siglo XVIII se impuso en la política española la segregación de peninsulares y criollos, reservándose el ejercicio del poder público en América para los primeros, fue inevitable que las clases altas criollas, que ya habían conquistado el poder económico latifundario, aspiraran a ejercitar ese poder político que los peninsulares pretendían negarles y ejercer como monopolio propio. Faltó en España lo que se dio en Inglaterra: genio político suficiente para asimilar la lección de la independencia de los Estados Unidos y para haber promovido, entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, una gran confederación de naciones hispánicas, aunque unidas entre sí por los vínculos de una lengua, de una religión, de un mismo derecho, de una cultura en suma, y que habrá podido tener, por cierto, una común orientación política y hasta constituir una gran civilización ibérica en el mundo actual. Faltó esta iniciativa en España porque no podía darse en un país que no lograba hacer suya la modernidad, cuya monarquía sofocó el ascenso de la burguesía naciente y se obstinó en el aislamiento de un contrarreformismo desconfiado y xenófobo. Sólo a fines ya del siglo XIX, cuando España pierde en la guerra hispanoamericana lo poco y último que aún conservaba de su gran imperio, se da un despertar de la conciencia española adormecida por cerca de dos siglos: es la generación del 98. Con esto volvemos al *Quijote* y a la mirada americana que sobre esta obra arroja José Emilio. Nace en España en esta generación el *quijotismo* con la *Vida de Don Quijote y Sancho* de Unamuno en 1905, con las *Meditaciones del Quijote* de Ortega y Gasset en 1914, con *Guía del lector del Quijote* de Salvador de Madariaga en 1925, por fin con *Don Quijote, Don Juan y la Celestina* de Ramiro de Maeztu en 1926. Todos estos autores, por diferentes que sus enfoques sean hacia la novela de Cervantes, tienen en común el hecho de erigir a Don Quijote en un modelo, de ver, por tanto, una virtud en la conducta que su locura le dicta. Mas el *quijotismo*, sobre todo en la obra de Unamuno, disloca la novela de Cervantes. Exalta la demencia de Don Quijote a base de proponerse y lograr ignorar que lo que Cervantes narra a partir de la Segunda salida, esto es, a partir del capítulo VII de la Primera Parte, es el lento refluir de la insania, es la laboriosa conquista de la cordura, que se consuma al final de la novela en el buen morir del protagonista. Hay más: la apología del loco, y la protesta frente al hecho de que Cervantes prive a Don Quijote de ella al término de su libro, tiene su razón de ser en que se identifique a la nación

española con ese loco. Ante el fracaso histórico de España, ya tan obvio y manifiesto a fines del siglo XIX y comienzos de éste, los intelectuales españoles del 98 rehuyen la autocrítica honrada, que debería haber comenzado por la toma de conciencia de que España nunca asumió América del todo, de que vio en América principalmente una empresa administrativa suya de aprovisionamiento de metales preciosos, los cuales, por lo demás, no retenía en su territorio, sino que iban a parar a las arcas de los banqueros alemanes e italianos; de que no cumplió, en suma, la posible extensión creadora de su compleja personalidad histórica y cultural hacia nuevos pueblos y territorios, lo cual habría fortalecido su posición política frente a las otras naciones europeas rivales suyas. Para comprender este fracaso ya consumado a principios de este siglo, estos intelectuales españoles de la generación del 98 no dirigieron su mirada hacia las posibilidades que España había desperdiciado y que acaso fueran entonces todavía recuperables. Se complacieron neuróticamente en este fracaso, lo justificaron, a base de creer en verdad, que España, como en apariencia Don Quijote, se había propuesto realizar un ideal imposible por su grandeza misma. Recubrieron así de una pretendida nobleza lo que había sido más que nada torpeza, miopía frente a la realidad americana e incapacidad de pensar en grande. Nace de este modo el *quijotismo* en desmedro de Cervantes y el recto sentido de su gran novela. Queda con ello escamoteado, por esta búsqueda vana en que los intelectuales españoles del 98 se empeñaron —o desempeñaron— de exhibir una coartada noble para una ineficacia histórica, la gran parábola que es la vida de Don Quijote tal como Cervantes efectivamente la escribe, con su comienzo en la sensatez anodina y casi anónima del hidalgo, con la irrupción luego de la locura individualizante, con el fortalecimiento progresivo de la reflexión que va sanando esa locura, con el acceso, por fin, a la cordura, remate y síntesis recapituladora de la sensatez y la locura al par, la cual trae consigo que el protagonista pueda nombrarse a sí mismo como Alonso Quijano el Bueno. Todo este delicado y dramático proceso que es la novela de Cervantes queda encubierto si se opta de partida por divinizar al loco, convertido arbitrariamente en símbolo de la nación española. Con fina ironía escribió Leo Spitzer, en su ensayo sobre "El significado de Don Quijote", criticando esto mismo que aquí critico, que habría que poner en tela de juicio "la sabiduría de hacer de un personaje de novela, explícitamente condenado o puesto en entredicho por Cervantes, un héroe nacional de España".

Demos pues, la bienvenida a una obra escrita por un puertorriqueño, como tal libre ya de los complejos históricos de aquellos españoles del 98 que han impuesto una lectura tergiversada de la gran obra de Cervantes. No hay rastros en el libro de José Emilio de ese quijotismo español denigrador de Cervantes que cultivó Unamuno y que tanta influencia ha ejercido en comentaristas ulteriores, que por ello miran con recelo o censura la cordura de Don Quijote y hasta quisieran que éste no muriera. No hay rastros tampoco en el libro de José Emilio de esa viciosa identificación de Don Quijote con la nación española, que coarta, no sólo la comprensión adecuada de

la novela y del propósito de Cervantes al escribirla, sino además nuestra inclinación de americanos a sentirla y a abordarla como propia.

Abundando en la crítica ya apuntada, agrega a ella Leo Spitzer en el ensayo citado esta pregunta: "¿era en bien de la generación moral de la nación española presentar al necio divertido de una novela como el verdadero héroe nacional?"

Una locución de esta pregunta, empero, provoca mi oposición, como habría provocado, presumo, la de José Emilio.

Pregunto, por mi parte: ¿Es verdad que don Quijote sea tan sólo, para Cervantes, y acaso por ello para nosotros, un "necio divertido"? O volviendo ahora a la advertencia de José Emilio: ¿habrá que tomar en serio a Cervantes cuando nos dice, según la cita que de él hace José Emilio, que el *Quijote* fue escrito "para universal entretenimiento de las gentes"? Por cierto, al leer la novela reímos de buena gana. Pero ¿es sólo el Quijote un libro divertido, entretenido? No hay en él algo más sutil, más hondo. He aquí el problema.

Al comenzar el libro, José Emilio ofrece tres citas del *Quijote*, que denomina "puntos cardinales". En la última de ellas, el Bachiller Sansón Carrasco aparece afirmando, a propósito de la historia de Don Quijote que ya circula como libro: "los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran" (Parte II, cap. 3º). Queda dicho con esto que la obra requiere ser abordada por nosotros a diversas edades y que nuestra adecuada comprensión de ella crece a medida que maduramos; en otras palabras, que hace falta ser adulto para entenderla y haber alcanzado ya esa sabiduría que se supone que la vejez trae consigo para lograr la comprensión superior que permite su celebración. Por tanto, contradice aquí el Bachiller, y Cervantes con él, en la última parte de esta oración, lo que en la primera había afirmado, en orden a que la historia es "clara" y que "no hay dificultad en ella". ¿Cómo no ha de haberla si una vida entera es necesaria para comprenderla hasta el punto de poder celebrarla? No queda, pues, agotado el sentido del *Quijote* con el entendimiento y la risa espontánea que la lectura provoca a costa del pobre loco.

El tema me induce a decir unas palabras sobre una perplejidad con que me ha dejado la lectura del libro de José Emilio. El autor parece vacilar sobre si Don Quijote es o no es un loco. Generalmente escribe loco entre comillas (pp. 34, 36, 37, 38, 75, etc.). Estas vacilaciones no son de Cervantes. Este nos dice con perfecta claridad del hidalgo que "del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro y vino a perder el juicio", que tenía "rematado el juicio", que "vino a dar en el más extraño pensamiento que dio el loco mundo..." (Parte I, cap. 1º). José Emilio hace este comentario "Cervantes tiene que haberse dado cuenta, en alguna ocasión posterior (al inicio del libro), de la imposibilidad de escribir una novela larga con un loco de protagonista. Desde esta perspectiva, parece que Cervantes sólo quiso escribir una novela corta" (p. 34). Sin embargo, Don Quijote sigue actuando e interpretando las situaciones como un loco sin comillas a lo largo de la novela hasta llegar al último capítulo en que la cordura se afirma resueltamente. Lo que ocurre —y es, a mi parecer, lo que mejor explica y hasta justifica las vacilaciones de José Emilio— es que a medida

que avanzamos en la lectura y que, por ende, convivimos con don Quijote, éste se nos va haciendo *entrañable*, por varias razones. Una de ellas es la dignidad con que el protagonista vive las sucesivas humillaciones a que Cervantes lo somete. Siempre hay en él no sólo *compostura*, sino esa grandeza de no querer renunciar por motivo alguno a la misión que se atribuye a los débiles y desamparados. Así, aunque reímos, lo hacemos apuntando hacia alguien que, pese a sus desvaríos, nos conmueve, nos inspira un sentimiento en que la piedad, el afecto, y la admiración convergen, lo cual aplaca o detiene la incipiente, irrespetuosa carcajada; esto más aún si el lector es alguno de esos seres humanos que persiguen, para decirlo con la metáfora de Melville, una ballena blanca, que se sienten volcados a hacer o decir algo a sus ojos alto, a cumplir una hazaña. Pues entonces tal lector se identificará con Don Quijote, se sentirá solidario de él, verá la vocación de éste en analogía con la suya y las derrotas del caballero como representaciones de las derrotas que él mismo ha sufrido o sufre. Quien tiene al frente este lector de la novela no es ya, no puede ser, en este caso, un loco cualquiera, es el loco que él mismo es. La vida de Don Quijote se erige así en espejo de nuestra propia vida. Y la perfección que al final nos ofrece el libro pasa a ser precisamente aquella a que nosotros podemos aspirar.

Destaquemos, por fin, que, como ya dije, la locura de Don Quijote se va atenuando y transformando con el transcurrir del tiempo novelesco. Esto se observa ya en la Primera Parte. Don Quijote—bien lo señala José Emilio—no reacciona frente a los batanes (capítulo 20) como había reaccionado tras su caída en la lucha contra los molinos de viento (cap. 8^o). No delira ahora con un presunto encantador que, para privarlo de su gloria, hubiese mudado a sus adversarios en inofensivos molinos. Acepta que los batanes son batanes y no se propone librar guerra con ellos. Este ir entrando en razón de Don Quijote obedece a que el sentido mismo del diálogo con Sancho le requiere dar a veces la razón, entrar en transacciones, como lo hace el propio Sancho cuando nombra *baciyelmo* la bacía de barbero en que Don Quijote se empeña en reconocer el Yelmo de Mambrino.

De aquí la importancia mayor de la Segunda Parte en la economía total del libro puesto que en ella se consume el fin de la locura. Cabe por cierto lamentar que José Emilio no extendiera sus sugestivos comentarios a esta última parte, que se quedara en la Primera.

Ocurre que, entre la publicación de la Primera Parte del Quijote y la de la Segunda, se publicó a mediados de 1614, la continuación de aquélla por el llamado "Fernández de Avellaneda". La Segunda Parte de la novela de Cervantes, según se dice ya en el Prólogo de ella y luego en el capítulo final, la escribe éste en polémica contra este imitador suyo que tiene por indigno y vil. Avellaneda, en efecto, había acentuado en demasía en su propia novela el tono bufo y chocarrero que se encuentra a menudo en la Primera Parte del *Quijote* de Cervantes. Cabe presumir que éste viera, por tanto, en el Quijote apócrifo de 1614 un espejo deformador de lo que él mismo había escrito y publicado en 1605, vale decir una caricatura de la obra, y que decidiera entonces enmendar rumbos en la Segunda Parte que venía proyectando y

que publicó en 1615. A tal fin, Cervantes inventará ahora un personaje que cumple respecto de Don Quijote la misma función de espejo que Avellaneda había desempeñado respecto de él. Tal es el Bachiller Sansón Carrasco. Del mismo modo que Avellaneda obliga a Cervantes a profundizar en el sentido de su obra, que se tornará más contenida, reflexiva y seria en la Segunda Parte, del mismo modo, digo, el Bachiller, al devolver a Don Quijote, su imagen excéntrica, anacrónica, de caballero andante en la época moderna y, por fin, al derrotarlo en combate singular en la playa de Barcelona, imponiéndole como rescate o pena el deber de volver a casa, que equivale a volver en sí, encamina al loco hacia esa cordura en bondad con que la obra magistralmente termina.

José Emilio agregó al texto del libro que hoy aquí se presenta un largo apéndice que reproduce una conferencia que había pronunciado en el Ateneo Puertorriqueño el 22 de septiembre de 1947, bajo el título "Cervantes y la libertad". Es un hermoso texto. Sostiene allí el autor que las hazañas del caballero son todas intento de restituir y afirmar la libertad de los hombres disminuida o negada por circunstancias adversas, políticas y sociales algunas, como las que afectan a lo que allí él designa como la Numancia puertorriqueña. Citando versos de la Numancia Cervantina—"Si podéis hablar, decid/ ¡Numantinos, libertad!"— exclama José Emilio: "¡Qué trágicamente apropiadas suenan estas palabras en este lacerado Puerto Rico nuestro de 1947!" Este apéndice, al igual que otro más corto y reciente que le sigue, titulado "La libertad en Cervantes", se conjuga bien con el capítulo que el autor dedica a glosar la aventura de los galeotes. Pues para Don Quijote, que se ha atribuido la misión de ayudar "a los flacos y los menesterosos", no importan mucho los delitos por los que los galeotes han sido condenados. Lo que sí importa es que los llevan forzándolos "adónde ellos no quieren ir" y el proclamar con este principio de que no es ilegítimo "hacer esclavos a los que Dios y la naturaleza hicieron libres" (p. 182).

Para terminar me parece oportuno rendir aquí un cordial homenaje al investigador aplicado, al profesor brillante y carismático, al amigo y al compañero de tantos episodios vividos en común, que fue José Emilio González. Cuando Domingo Marrero me lo presentó en un Congreso de Filosofía que se celebraba en la ciudad de Washington en el verano de 1956, vi a un joven delgado, nervioso, ardoroso, y me pareció vislumbrar en lo hondo de su mirada una pasión que pudiera acaso inducirlo a soltar unos tiros si así conviniera a la libertad de Puerto Rico. Acumulamos años juntos y llegué a verlo al cabo de ellos, como un patriarca bondadoso, sereno y sabio. Hasta el fin de sus días, sin embargo, descubría en sus ojos el brillo de esa apasionada determinación de librar batalla como Don Quijote por la libertad frente a quien quiera que contra ella se alzara.

Honor a su memoria.

José Echeverría
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras